

sectores de la sociedad deben asumir la responsabilidad de preparar a los individuos para la vida y salvaguardar sus cualidades humanas y sociales. Esto implica que las instituciones educativas, el gobierno, el mundo del trabajo, las empresas y los sindicatos deben en común asegurar que las etapas en el desarrollo de un individuo y los diversos aspectos de su experiencia son compatibles y coherentes entre ellos.

Tras estas exhaustivas conclusiones, los autores del Informe hacen, a su vez, las propuestas que estiman conducentes a las finalidades señaladas. Habiendo constatado que la calidad de la vida activa no corresponde a las capacidades y aspiraciones de los individuos, recomiendan una «política positiva para la vida activa» que procure empleos más satisfactorios, más agilidad en el trabajo y mayores posibilidades de participación, más equidad en los planes de carreras. Recomienda también medidas para ofrecer numerosas posibilidades a los jóvenes, una mayor igualdad y tratamiento por las mujeres y para las minorías, teniendo en cuenta la Carta de los Derechos de Hombre y del Trabajador inmigrado.

Recomiendan, asimismo, una «política integrada de la educación», en particular para la educación recurrente, que remitirá a un mayor número de estudiantes tener una actividad profesional y a mayor número de trabajadores adquirir una formación suplementaria. Recomiendan ofrecer opciones para permitir a los individuos en el cuadro de una «sociedad de libre elección», adoptar los modelos de formación de trabajo, más próximos a sus aspiraciones.

Al observar las desigualdades de la educación y su financiamiento, recomiendan disposiciones igualitarias que comprendan «escuelas polivalentes» en materia de educación.

Y, por último, habiendo observado la escasa comunicación existente entre los responsables de la educación y los responsables del trabajo, recomiendan los autores de este libro, la creación de «mecanismos paritarios de consulta».

En fin, que una mejor política de mano de obra, una mejor política de educación y una mejor coordinación entre ellas serían susceptibles de mejorar la calidad de la vida de los hombres y de las mujeres y de hacer una sociedad más justa y eficaz.

Emilio SERRANO VILLAFañÉ.

ESTAL, Gabriel del: *Marxismo y cristianismo, ¿diálogo o enfrentamiento?*
Separata de «La Ciudad de Dios». Vol. CLXXXVII. Real Monasterio de El Escorial, 1974.

Profundo en el contenido y con gran rigor filosófico de exposición en la forma (a ambas cosas nos tiene bien acostumbrados el autor a quienes seguimos con atención las publicaciones que felizmente nos viene prodigando desde hace muchos años), estudia aquí el ilustre P. Gabriel del Estal un tema difícil y vivamente polémico, y de la mayor actualidad. El diálogo entre marxismo y cristianismo es hoy un deseo de muchas gentes

de buena voluntad; es una experiencia tentadora de otros muchos; se trata para no pocos de un *snobismo* que exigen las circunstancias y al cual no quieren sustraerse. Es, para la «otra parte» dialogante un habilidoso e interesado anzuelo propagandístico lanzado a quienes están siempre propicios a la «novedad» y hasta para quienes no reparan demasiado (y esto es lamentable y peligroso) en la distinción entre «tolerancia» y «transigencia».

Pero las realidades históricas van siempre más allá de los buenos deseos; son como son. Y el balance de los ensayos, realizados hasta ahora, de un «acercamiento» no son, ciertamente, favorables ni alentadores. Sin embargo, tender la mano o aceptar la que nos tienden (no siempre con intenciones desinteresadas exentas de «alianzas» a otros fines que los doctrinales), puede hacer posible que se aminoren distancias en lo episódico y secundario, sin renunciar, claro es, a lo fundamental. Y lo que separa —y separa fundamentalmente— al marxismo del cristianismo es mucho y no secundario.

Por otra parte, ni el marxismo ha hecho dejación de ninguno de sus principios fundamentales desde su ateísmo radical hasta la concepción del hombre, del mundo y de la vida, que es toda su filosofía, ni el cristianismo puede abandonar los suyos que se oponen —y se oponen radicalmente— a las tesis marxistas.

Siendo así, ¿de qué se trata con esos pretendidos acercamientos? ¿De afirmar los lugares comunes en los que marxismo y cristianismo coinciden al enjuiciar problemas y circunstancias concretas y hacer diagnóstico y crítica de la sociedad? Bien poco es todo esto. ¿Se pretende con ello hacer realidad la concordia, y brindar una fraternidad cristiana por el amor entre los hombres, precisamente a quienes han hecho tema fundamental de su doctrina la «lucha de clases» o el aniquilamiento, por parte del «poder dominante» de sus oponentes doctrinales y políticos?

Nada sería más plausible y ninguna «novedad» supondría esto por parte del cristianismo que tiene como «nuevo mandato» divino el amor fraterno entre *todos* los hombres. El hombre, marxista o no, debe merecer toda nuestra consideración como «prójimo», nuestro respeto y nuestra sincera oferta de pacífica convivencia social. Es la «tolerancia» con las personas.

Pero no se trata de nada de esto en las recientes tentativas de entendimiento y diálogo. Las modernas y desconcertantes teologías (sin Dios), «teología radical», «teología de la liberación», «teología del mundo», «teología dialéctica», «teología política», «teología de las realidades terrenas», y hasta «teología de la revolución», no pretenden tanto el acercamiento y reconciliación de los *hombres* como de un esfuerzo de conciliación y hasta fusión de *doctrinas* que son —y son esencialmente en lo fundamental— contradictorias, opuestas e inconciliables. Y esas inexplicables concesiones lo son a costa de ir dejando en el camino del «entendimiento» y en el «diálogo» girones de los que no se puede hacer dejación en lo principal aun cuando puedan coincidir en lo episódico.

El doctísimo P. Gabriel del Estal en este profundo y muy documentado estudio analiza cuidadosamente la hipotética posibilidad de cristianizar al

marxismo, lo cual sería transustanciarlo. Porque «para cristianizar» al marxismo hay que cambiarle el ser primario, la esencia real, la sustancia nuda. Pero ¿cómo —se pregunta— se transustancializa al marxismo? De una sola manera factible y convincente: matándole ese cariz, en lo que tiene de material, de ateo, de paraíso del «aquí y ahora», para resucitarlo enseguida con una constitución, un programa y unos fines nuevos: la apertura a la esperanza y al paraíso sin angustias del «allá y después». Al cabo de esta hazaña con transmutación total, lo que queda del marxismo no es más que el nombre. La conciliación y el diálogo —termina el autor— resultan así fecundos y posibles. Sí, pero (decíamos nosotros) eso ni ha pasado en la ya larga vida del marxismo, ni se ha visto tal «resurrección» o «transmutación» en los celebrados «encuentros» con el cristianismo, ni tiene visos de que estén dispuestos a esa «nueva vida». Pero si los «ingenuos» creen que el marxismo muerto y ahora resucitado, antes ateo y ahora creyente, antes armado de rencores clasistas y ahora encendido de legalidad y concordia, existe en alguna parte, entonces qué duda cabe que es posible no sólo el diálogo, sino también la inteligencia entre marxismo (que ya no sería marxismo) y cristianismo.

Por otra parte, pretender «marxistizar» el cristianismo esto sería mucho más grave y tiene ya un nombre y una sanción en el magisterio infalible de la Iglesia. Un tal supuesto cristianismo marxista tampoco sería ya cristianismo y entonces ya nada se opone al diálogo, a la inteligencia y hasta la fusión de ambos.

Pero, no obstante la Iglesia dialoga con el marxismo. Esto es un hecho innegable y sin encubrimientos. Y no es esto lo que nosotros reprochamos aquí, mientras el diálogo y tolerancia no se conviertan en inteligencia en los principios y transigencia en la doctrina. Y esto tampoco lo hace ni puede hacerlo la Iglesia, que es depositaria infalible de la verdad. Pueden intentarlo de hecho algunos cristianos, pero éstos no son la Iglesia.

Por eso el P. Gabriel del Estal termina este trabajo con un esquema panorámico que sintetiza en once puntos, que son otros tantos principios de valoración convivencial entre cristianos y marxistas, en los que compendia brevemente «lo conciliable y lo inconciliable entre marxismo y cristianismo», así como los «criterios de coexistencia». Y termina diciendo: «entre marxismo y cristianismo hay muros irrompibles de enfrentamiento dogmático, y amplísimas aberturas de diálogo convencional, sin confundir nunca la raíz con las ramas, ni la categoría con la anécdota, ni los errores ideológicos con los seres de carne y hueso, hermanos, que se equivocan».

Este es un enjuiciamiento ponderado y prudente hecho *more philosophico* y *theologico* sin concesiones al afán de «novedad», cuyo peligro ha denunciado reiteradas veces el supremo magisterio de la Iglesia.

Emilio SERRANO VILLAFañÉ.